M. Paz Díaz L.

Docente de la Facultad de Teología
Pontificia Universidad Católica de Chile

La mujer, expresión de humanidad. Una propuesta de identidad en el pensamiento de Edith Stein

La mujer hoy día sigue siendo un tema. Llama la atención que sea necesario reflexionar sobre ella, dándose a entender que “ser ella” no es una realidad internalizada, ni menos obvia. Conferencias, grupos feministas, nuevas perspectivas teológicas y el concepto “género” son expresiones variadas de que “la mujer” da que pensar (1).

El presente artículo pretende asumir este tema de reflexión desde una perspectiva global. Se tomará como plataforma de reflexión la dignidad humana de la cual toda mujer goza. Y desde ahí se distinguirá lo específico de ella. En otras palabras, se irá tejiendo la identidad de la mujer desde la raíz común de todo ser humano, para llegar a la conclusión de que estamos más bien ante una dimensión de humanidad y no solo ante un aspecto de ella.

Este camino de discernimiento se hace de la mano de Edith Stein. Una filósofa alemana judía (2), para quien tampoco el ser mujer le fue fácil de encarnar (3). Aunque hayan pasado varios años (1891 -1942), de Edith Stein aún hoy día se pueden sacar elementos sugerentes para meditar.

-
- (1) La Conferencia de Beijing en septiembre de 1995 y su planteamiento sobre los derechos de la mujer como derechos de la humanidad. La obra de la filósofa francesa Simone de Beauvoir, “El segundo sexo”, donde se piensa por primera vez a la mujer desde un contexto cultural y no biológico, como hasta ese entonces se la reflexionaba. La llamada teología feminista que a grandes rasgos cuestiona el carácter patriarcal que durante tanto tiempo ha tenido la teología, abriendo un espacio para reflexionarla desde una óptica femenina. Todas instancias concretas, que nos ilustran diversas aristas desde las cuales asumen un horizonte común: la necesidad y el desafío de pensar a la mujer.
 - (2) Se es impreciso con la identidad de Edith Stein, si solo nos referimos a ella con estas pocas palabras. Es necesario entonces agregar ciertas características que ilustrarán la profundidad de su fe y vida. Edith Stein fue una mujer que se convirtió al catolicismo (1922) entrando al convento carmelita (1938), siendo finalmente gaseada en el campo de concentración de Auschwitz (1942) y beatificada por Juan Pablo II (1987).
 - (3) Edith Stein, por su condición de mujer, no pudo obtener la cátedra en el departamento histórico filosófico de la Facultad de Filosofía en Gotinga: “... recibí una carta de Hermann (profesor de lingüística indogermánica), presidente del departamento, según la cual una precomisión habría decidido no examinar el trabajo, puesto que el concurso a cátedra de mujeres siempre origina dificultades”. STEIN, E., Autorretrato epistolar (1916-1942), Madrid 1996, 43. Comienza poste-

1. LA NATURALEZA HUMANA, EXPRESIÓN DE LA NATURALEZA DIVINA

Edith Stein, si bien es filósofa, en ella la dimensión teológica fue un elemento importante y decisivo a lo largo de su vida (4). Para ella, la presencia de Dios es una referencia clave en su reflexión. Concretamente es la dimensión trinitaria (5), que constituye a Dios, la que le sirve como matriz para reflexionar a la mujer desde un plano holístico.

En la Trinidad es posible distinguir la naturaleza divina de las personas divinas. Es decir, es posible constatar que las personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo participan de esta naturaleza sin desfigurar las características propias de cada una de ellas. El Padre no es lo mismo que el Hijo y el Espíritu. Del mismo modo que el Hijo y el Espíritu no se confunden con el Padre ni entre sí. Si bien todas ellas gozan de igual dignidad (divina), no todas ellas son la misma persona. En Dios se distinguen tres personas y tres personas son Dios. Edith Stein aplica esta realidad trinitaria para distinguir la dignidad humana de la identidad humana y afirmar que *“la especie humana se desarrolla como una doble especie de hombre y mujer. No se podría hablar de humanidad si no se reconocen ambas formas de expresión”* (6).

El nexo está en el sello propio del ser humano, cual es expresar en sí la imagen de Dios. Al llevar plasmada en sí la divinidad, el ser humano deberá buscarla para encontrar su esencia. Ella se pregunta: *“si el Creador es la imagen primitiva de la creación, ¿no se debe encontrar en la creación una imagen aunque lejana de la unidad trinitaria del ser primero? Y de allí, ¿no sería posible llegar a la comprensión profunda del ser finito?”* (7). El camino para llegar a la distinción parece empezar por reconocer nuestra raíz común que se entiende desde Dios. Solo así se caminará hacia una profunda distinción, la cual es el desarrollo y no la meta de ser.

2. DESDE LA ESPECIALIDAD HUMANA, HACIA LA ESPECIFICIDAD DE SU EXPRESIÓN

El tronco de esta reflexión lo constituye el análisis que hace la filósofa de los capítulos 1 y 2 del Génesis. De este entresaca tres categorías que van a ir prefigurando la realidad de la mujer y del hombre. Estas son la distinción y la complementariedad que nacen de la común dignidad humana.

riormente a dar clases sobre cuestiones fundamentales de ética en la escuela superior popular de Breslau. Cf. FELDMANN, CH., *Edith Stein. Judía, filósofa y carmelita*, Barcelona 1992, 43.

(4) Para Edith Stein, Max Scheler es quien marca el inicio de su camino de fe, debido a que *“se hallaba saturado de ideas católicas y hacía propaganda de ellas con toda brillantez de su espíritu”*. Es él quien le muestra la credibilidad de la opción creyente. Cf. STEIN, E., *Estrellas Amarillas: Infancia y juventud*, Madrid 1992, 241.

(5) *“...tal como el Hijo procede del Padre y el Espíritu surge del Hijo y del Padre; así ha salido la hembra del hombre y de ambos su descendencia”*. STEIN, E., *Die Frau. Ihre Aufgabe nach Natur und Gnade*, Freiburg, 1959, 20. Más adelante como *Die Frau*.

(6) *Die Frau*., 138.139.

(7) STEIN, E., *Ser finito y ser eterno*, México 1996, 371.

Al inicio de la creación del ser humano, es clara la presencia de un Dios “macho y hembra” (Gn 1, 27). Es esta divinidad la que se plasmará en la creación humana porque “macho y hembra los creó” (Gn 1, 27). Por lo tanto, hay una cualidad doble que se expresará también en la naturaleza humana. Sin embargo, esa cualidad doble propiamente divina y por lo tanto propiamente humana, no basta.

“No es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda adecuada” (Gn 2,18). ¿Qué significa aquello de “ayuda adecuada”? Es necesario detenerse en esta expresión para ir desentrañando la especificidad que se desprenderá de la humanidad creada, la cual encarnará la mujer. “Ayuda adecuada” se refiere al reconocimiento humano inicial que hace el hombre frente a la mujer creada. “Entonces este exclamó: “Esta vez sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos” (Gn 2, 23). Por eso es que el hombre frente a la mujer puede reconocerse como un igual en cuanto su rango de ser humano. En ella reconoce su propia humanidad (8).

El hombre que se sorprende y exclama, reconoce algo novedoso en ella que la diferencia de él. Nos enfrentamos entonces ante dos a los que “les está encomendada en sí la imagen de Dios (...) de un modo específico” (9). Así comienzan entonces características propias de cada uno de ellos, que habiendo nacido de una raíz común se desarrollarán de un modo específico en cada uno.

Sin embargo, el desarrollo de cada uno se posibilitará plenamente en cuanto “[se hagan] una sola carne” (Gn 2, 24). Es decir, en cuanto reconociendo su propia raíz y su propia identidad tiendan a la unidad. Unidad que posibilita, paradójicamente, que ambos se distingan. En la unidad son dos los que se unen. La unidad, a diferencia de la uniformidad, asume la distinción porque ella se realiza en la relación armónica de dos. No cabe la dominación entre ambos y persiste una libre subordinación en la relación, en miras a la plenificación del todo. Hombre y mujer no se diluyen, como tampoco se distancian. Cada cual está en frente del otro.

Para Edith Stein esta realidad se ilustra en la expresión veterotestamentaria: “Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro” (Gn 2, 25). Es decir, hombre y mujer se reconocen en su necesidad de complementación y no se avergüenzan de ello. Esa es la desnudez que no esconden, sino que explicitan al complementarse. Hombre y mujer ven claro que la plenitud de la humanidad y de sus propias humanidades se realiza en cuanto sean un organismo sin partes distantes unas de otras (situación ocurrida cuando escondemos nuestra desnudez). No hay espacio para la extrañeza, porque hombre y mujer, al no desconocer cada uno su esencia complementaria, no han roto su organicidad vital individual.

Desde esa organicidad vital han sido llamados hombre y mujer y hacia allá están invitados a llegar desde el principio. “Por eso deja el hombre a su padre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (Gn 2, 24). Esta es la especificidad humana que posibilita la especificidad de su expresión.

(8) Edith Stein ocupa la expresión “*Spiegelbild*” para ilustrar este aspecto. Cf. *ibíd.*, 19.

(9) *Ibíd.*, 138.139.

3. ESPECIFICIDAD HUMANA DE LA MUJER

“La femineidad pura no puede ser expresada sin que al mismo tiempo se desarrolle una humanidad pura” (10). La humanidad que acabamos de mencionar. Aquí la mujer se constituye en una compañera del hombre. Junto a él asume la misión de dominar la tierra, ser fecundos y multiplicarse (Gn 1, 27-28). Ella es una colaboradora que aporta lo suyo al hombre en el señorío comúnmente asignado ante la creación. *“Una cooperación en la cual la mujer podría desplegar sus dones al servicio de las tareas comunes, junto al hombre, [y a su vez] el hombre sería protegido de una parcialidad”* (11). Surgen aspectos propios de la mujer diferenciables de los del hombre.

Edith Stein parte de un axioma de Santo Tomás, que muestra el prisma desde el cual irá desarrollando la especificidad de la mujer. Nos referimos a la afirmación de que *“el alma informa al cuerpo”* (12). Es decir, el aliento divino que hace del ser humano de barro, un ser semejante a su creador hace que *“cada creatura tenga su propio sentido de ser imagen del ser divino”* (13). El cuerpo vivificado por el alma expresa de manera diferente el ser del Creador. Edith Stein, al aplicar esto a la mujer, ve que la relación del alma con su cuerpo es más intensa en la mujer que en el hombre.

Reconoce en ella, como algo central, la facultad sensitiva, *“la capacidad para proteger lo que se desarrolla y crece, cuidar y fomentar en su desarrollo”* (14). Para la filósofa, la causa de esta mayor capacidad sensitiva radica en el ser maternal del que toda mujer goza. Maternidad que le otorga a la mujer un tipo anímico propio, que la lleva a compenetrarse hacia lo vivo personal, lo concreto y ajeno de manera más natural. Esto hace que el centro de gravedad no esté en ella, sino en el “otro”, porque *“el cuerpo de una mujer está formado para ‘ser una carne’ con otro y alimentar nueva vida humana en sí misma”* (15). *“La tarea de recibir en sí un ser viviente que se forma y crece [...] es una unión tan íntima de lo anímico y lo corporal, [que] pertenece al sello de la naturaleza femenina en su conjunto”* (16).

En cambio, en el hombre la dimensión de señorío surge en él como primera característica, secundada por su dimensión paterna: *“...en el hombre aparece primariamente la profesión del señorío, secundariamente la profesión de padre (no subordinada ni yuxtapuesta, sino incorporada a la profesión de señorío)...”* (17). Por ello su inclinación natural tiende a ser protector y cabeza de la comunidad que le es encomendada. Su trabajo se caracteriza por ser más abstracto, sin referencia explícita al “otro”. Autónomo e independiente. *“El hombre florece en ‘su cuestión’ (‘seiner Sache’) y espera de los otros el interés y la voluntad de servicio. A él le será*

(10) *Ibíd.*, 166.

(11) *Ibíd.*, 31.

(12) Santo Tomás insiste en que cuerpo y alma no constituyen dos sustancias completas. Según el Aquino, *“de ellos resulta una sola substancia en acto. (...) el alma [al cuerpo] lo hace ser en acto”*. II Liber Sententiarum, 69.

(13) *Die Frau*, 139.

(14) *Ibíd.*, 59.

(15) *Ibíd.*, 77.

(16) *Ibíd.*, 53.

(17) *Ibíd.*, 33.

costoso por lo general, sintonizar con las cosas de otros hombres (Menschen) y otras gentes" (18).

Ahora, Edith Stein no circunscribe esta dimensión maternal solo al desarrollo biológico. Su desarrollo va más allá de su disposición biológica. A la mujer no solo le corresponde la educación y protección de sus hijos sanguíneos. Su tarea de madre debe incluir a todos los seres humanos, por lo que más bien estamos ante un modo que la mujer tiene de relacionarse con el mundo, ella tiene una inclinación de conectarse con lo concreto y ajeno que le es propia (19). La conciencia corporal de la mujer es el prisma desde el cual ella se relaciona con lo que la circunda.

4. "NINGUNA MUJER ES SOLO MUJER" (20)

Dios nos crea a imagen suya "macho y hembra". Esta es la matriz humana, reflejo de la divina, de la cual se desprenderán mujer y hombre. Sin embargo, este es el primer paso de existencia, que dará curso a una realidad más íntima del ser humano. Dios al insuflarnos nuestra humanidad, a la vez nos está insuflando nuestra vocación personal de ser. Dios es un ser personal, que llama a personas.

La expresión que sirve de título a este acápite, resume el concepto que Edith Stein tiene de la mujer. Vale decir, la mujer no solo se reduce a una diferenciación sexuada de la humanidad, sino que constituye una dimensión de la humanidad toda. La mujer tiene una densidad humana y desde esta plasma en sí la imagen donada de Dios. La Stein lo afirma así: "*Soy de la convicción (...) que la esencia de los seres humanos, (...) se expresa de un modo doble (...). Al hombre y la mujer les está encomendado expresar en sí la imagen de Dios (...) no solo en cuanto a los sexos, sino también en los individuos*" (21). En otras palabras, el llamado humano tiene dos instancias de concretización: en tanto sexuados y en tanto individuos.

Es aquí donde emerge la identidad real de la mujer, de Dios y de la humanidad. Aquí nos encontramos ante la vocación propia de ser de cada individuo humano. Vocación que nos permite indagar nuestro interior, para ser más asertivos en nuestro quehacer en y para el mundo. No solo aportamos en cuanto hombre y mujer, sino que aportamos también en la novedad de nuestra identidad personal y única.

Aquí no está en cuestión qué puede hacer o no hacer la mujer en el mundo (enfoque que, a mi modo de ver, es en el que se centra el tema del lugar de la mujer en el mundo de hoy). El desafío real más bien se plantea en la búsqueda de su identidad, de su naturaleza, ya que teniendo claro aquello, el quehacer será secundario. Haga lo que haga no desfigurará su identidad, sino, más bien, será fiel a ella. Y será esta identidad la que protegerá a la mujer de tener que presentarse ante la sociedad, "como todo un hombre" (22).

(18) Cf. *ibíd.*, 4.

(19) Cf. *ibíd.*, 3. 54. 71. 82. 101. 139. 207-209.

(20) *Ibíd.*, 7.

(21) *Ibíd.*, 138.139.

(22) Edith Stein explicita claramente este punto: "[las mujeres] se esforzaron por cumplir su cargo 'como todo un hombre'; ellas no han buscado o no han encontrado los medios y los caminos para hacer fecunda su peculiaridad femenina ..." *Ibíd.*, 13.

Entonces, la búsqueda de la identidad de la mujer tiene un alcance mayor porque es la búsqueda de la humanidad plena, del rostro materno de Dios, a quienes no hemos hecho más que masculinizarlos (23).

Por ende, el feminismo no solo se constituye en una postura en relación con la mujer, que de paso no es camino para que la mujer encuentre su identidad. Antes bien, el feminismo es una forma de mirar a lo humano, que tiende a caer en la parcelación de la humanidad. En pocas palabras, es una mirada miope que finalmente cae en la no-humanidad.

Sin embargo, la humanidad no queda atrapada en las inclinaciones posesivas del ser humano. Esa no fue la realidad para la cual fue creada. El ideal humano está plasmado en Cristo, en quien las ventajas masculinas y femeninas se unen, elevándose por sobre las delimitaciones de la naturaleza propia (24). Ese es el lugar original desde donde Dios crea nuestra identidad y el deseo por el cual Dios Padre nos envía a su Hijo. Por lo tanto, la última palabra no es ‘la humanidad parcelada’, porque el sí de unas entrañas femeninas posibilitaron que nuestra humanidad pudiese ser divinizada en ellas, haciéndose posible la promesa de su plenitud (25).

RESUMEN

La mujer, expresión de humanidad

Una propuesta de identidad en el pensamiento de Edith Stein

La mujer hoy día sigue siendo un tema. “Ser ella” no es una realidad internalizada, ni menos obvia.

El presente artículo pretende mostrar una reflexión en torno a la identidad de la mujer, según la propuesta planteada por Edith Stein.

Este comienza por una reflexión teológica, que dará el marco desde donde se asumirá el tema. La matriz del Dios trino, un Dios “macho y hembra” (Gn 1, 27) será el modelo de identidad y de relación para el ser humano hecho a imagen y semejanza del Creador. Esto da luces en cómo habrá que entender y expresar la realidad humana (femenina-masculina en su base).

En un segundo momento, el artículo desentraña las características propias de la mujer, que surgen de este escenario teológico/antropológico. Emergen así amplias perspectivas y desafíos para ser mujer, como también para ser hombre (varón). La determinación biológica es una dimensión insuficiente para hablar de la identidad de la mujer (también la del hombre). El desarrollo de la mujer va más allá de su disposición biológica.

Finalmente, se hace referencia a Cristo como quien eleva en sí las delimitaciones femeninas y masculinas propias de la naturaleza humana. Esto es posible gracias a la divinización que produce en nosotros cuando Él se inserta en entrañas femeninas. Así se posibilita a la humanidad no quedar atrapada en las inclinaciones posesivas del ser humano. Por lo tanto, es Cristo el lugar donde cada hombre y cada mujer podrá buscar libremente su identidad de ser humano.

(23) Baste hacer alusión al vocablo castellano “hombre”, el cual sin distinción alguna se utiliza tanto para referirse a la humanidad desde una perspectiva antropológica, como al hombre desde una perspectiva sexual.

(24) Cf. *Die Frau*, 44.

(25) Edith Stein lo expresa del siguiente modo: “...el mensaje de Gracia de Dios viene primero a una mujer, (decidiéndose) del sí de la boca de una mujer, el destino de toda la humanidad”. *Ibíd.*, 23.

ABSTRACT

Woman today is still an issue. "Being her" is not an obvious or internalised reality. This article offers a reflection on the identity of women, according to Edith Stein's proposal. The author first presents a theological reflection as a framework for the discussion; The foundation of the Trinitarian God, a God which is male and female (Gen 1, 27) and works as the model of identity and relation to the human being created to the God's image and likeness. This truth sheds light on the understanding and the expression of the human reality (female and male on its basis). Later on the article unveils the particular characteristics of women which spring out in the theological/anthropological scenario. Several perspectives and challenges rise from being a woman or a male. The biological determination is insufficient to talk about the female identity, as the development of the female goes beyond her biological disposition. Finally, the article makes reference to Christ who dignifies in himself the female/male distinctions as individual of the human nature. He does so by the divinization that he brings us with his incarnation in the female womb. This keeps the human nature from getting trapped in the possessive inclinations of the humanity, being in Christ, where each man and woman may find his/her human identity.